



Mira cómo viene
el viejo poeta.
Se le ve cansado,
se apoya en su nieta.
La niña le dice
al viejo poeta
que le van cayendo
al suelo sus letras.
Y sus emociones
de color violeta
giran en el aire
como una veleta.
Mira cómo tiembla
el viejo poeta.
Sus palabras suenan
a heridas secretas.
Con paso cansino
el viejo poeta
cruza silencioso
plazas y callejas.
Y en el cielo pinta,
el viejo poeta,
de verde la luna,
de azul las cometas.

Un viejo poeta

Era un poeta tan viejo, tan viejo, tan viejo, que por los agujeros del pantalón se le escapaban las letras que le llenaban el cuerpo y sus bolsillos de poeta.

Allá adonde iba el viejo poeta, dejaba un ruego de letras sueltas y perdidas, como el rastro de un caracol o las huellas de unos pies en el barro. Cualquiera podía saber si había pasado por allí, pues en el suelo quedaban las aes, las pes, las zetas y las haches de su universo creativo.

Y a veces, cuando el viejo poeta escribía un poema, le faltaban letras para concluir un verso, así que ya no podía rimar amor con dolor, ni alma con calma, ni hermosura con locura, y sus poemas se hacían cada día más extraños, más extravagantes, más absurdos. Tanto que la gente ya no los entendía.

Y cuando la gente no entiende a los poetas, piensa que estos están locos.

Así que comenzaron a llamarle loco.

El viejo poeta ya era tan y tan y tan viejo, que había olvidado su arte. Eso decían.

El viejo poeta estaba tan y tan y tan solo, y había escrito tantos poemas, que ya estaba agotado. Eso decían.

El viejo poeta ya no emocionaba, solo hacía reír, o sonreír, o suspirar. Eso creyeron.

Una tarde los bolsillos se le rompieron del todo, vencidos por el peso, y de ellos cayeron en tropel las últimas letras, una tras otra, formando una larga fila en el suelo. Pero no cayeron sin ton ni son, sino de manera especial. Quizá fue el destino, tal vez algo más. Entonces, un niño que acertó a pasar por allí antes de que el viento las diseminara, pudo leer con asombro esta curiosa frase, sin duda producto de aquel singular azar:

«Un día seréis viejos, un día alguien pensará que estáis agotados, un día vuestros sentimientos y vuestras emociones harán reír, o sonreír, o suspirar a los demás. Haced entonces agujeros en

los bolsillos y marchad sin volver la vista atrás.
No para escapar, no para huir. Solo para buscar
un nuevo horizonte donde seguir siendo libres».
Nadie volvió a ver jamás al viejo poeta.